COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

—

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno y un gran número de sainetes, entremeses, unipersonales y piezas en un acto.

Comedias del Teatro antiguo del tamañó de 4º.

Abre el ojo ó aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ó la comedia nueva,
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama,
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungria.
Hijos de Edipo ó Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes.
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Mónstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco partes
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Mónstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza.
Otelo ó moro de Venecia (trag
Pintor finjido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave Maria.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

UN AÑO
DESPUES DE LA BODA.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

EN VERSO

por D. Antonio Gil y Zárate.

Representada por la primera vez en Madrid en el teatro de la Cruz el 30 de mayo de 1826.

MADRID: 1826.
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

PERSONAS.	ACTORES.

PERSONAS.	ACTORES.
EL MARQUES DE ROSA-BLANCA..	*Sr. José Garcia Luna.*
LA MARQUESA, su esposa..........	*Señora Antera Baus.*
EL CONDE DE FUENDORADA..	*Sr. Ramon Lopez.*
LA BARONESA DE ARICA...........	*Señora Teresa Baus.*
D. GREGORIO, tio del Marques..	*Sr. Rafael Perez.*
PERICO, criado..	*Señor Ventura Aguado.*

La escena se figura en Madrid en casa del Marques.

El teatro representa una sala con ventanas á un lado, puertas al otro y en el foro: sillas, sofá y mesa con relox.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EL MARQUES. D. GREGORIO.

D. Greg. Mañana mismo me voy.
Marques. Pero....
D. Greg. No hay pero que valga.
Solo he venido por verte:
ya te ví, conque á Dios: hasta
el valle de Josafat.
Marques. ¡Si apenas ha una semana
que estais en Madrid!
D. Greg. Si estoy
dos dias mas, doy el alma...
Marques. ¿Teneis queja de mí?
D. Greg. No.
Marques. ¿Careceis de algo?
D. Greg. De nada.
Marques. ¿No os sirven bien?
D. Greg. Sí, mas ya
tantos criados me enfadan;
y á mí me sobra con uno
que me limpie la casaca.
Ademas, yo tengo aqui
todas mis horas trocadas:
velo cuando antes dormia,
como cuando antes cenaba;
y.... Vamos, no puedo mas:
yo me vuelvo á la Montaña.
Marques. Vida de un marques es esa.

D. Greg. Babieca, ¿quién te mandaba
enmarquesar?
Marques. El deseo
de dar lustre á nuestra casa.
D. Greg. Sin títulos, para noble,
con ser montañes te basta.
Marques. Ved que nombre tan bonito:
el marques de Rosa-blanca.
D. Greg. Eres Chinchilla; y no hay nombre
mas bonito en toda España.
Ademas es conocido:
tu padre le ha dado fama
en el comercio; y tenia
crédito.
Marques. Nunca le falta
crédito á un marques: mas pronto
que un comerciante le gana:
si éste pagando sus deudas,
él solo con no pagarlas.
D. Greg. Si la profesion siguieras
de tu padre, duplicáras
tus riquezas.
Marques. ¿Para qué?
tengo riquezas sobradas:
honores y distinciones,
ésto es lo que me hace falta.
D. Greg. ¿Es decir que te se llame
usía?....
Marques. Ya me lo llaman.
D. Greg. ¿Que lleves grande uniforme?....
Marques. ¡Lo llevan tantos!
D. Greg. ¿Que entrada
tengas en palacio?....
Marques. En breve
la tendré.

D. Greg. ¡Oiga! ¿con plaza?
Marques. Sí señor, de gentil-hombre.
D. Greg. ¿Conque habrá llave dorada?
Marques. Y tambien, querido tio, mi venera.
D. Greg. ¡Ahí que no es nada!
Para lograr tantas cosas
tendrás protecciones altas.
Marques. Por supuesto.
D. Greg. ¡Ya!.... te habrás
asido á buenas aldabas.
Verbi-gracia, algun ministro.
Marques. Poco menos.
D. Greg. Apostára
que es duque, conde ó baron.
Marques. No, que es baronesa.
D. Greg. ¡Calla!
¿Baronesa?.... Pues acaso
tu protector tiene faldas.
Marques. Es una jóven viudita.
D. Greg. ¿Y las viudas dan las plazas?
Marques. Esta goza gran favor.
Adémas, tengo esperanzas
de otro grande apoyo.
D. Greg. ¿Cuál?
Marques. El conde de Fuendorada,
sobrino del mayordomo
mayor.
D. Greg. ¿Te conoce?
Marques. En casa
de un fondista, allá en París,
me juró amistad.
D. Greg. ¡Caramba!
Si te estimará!
Marques. Corrimos
allí juntos mil jaranas.

Yo me vine, él se quedó;
y ha permanecido en Francia
hasta hace unos quince dias
que ha vuelto en fin á su patria.

D. Greg. ¿Y tú le has visto ya?

Marques. No;
pues su regreso ignoraba.
Ayer lo supe; y hoy mismo
le visitaré sin falta.

D. Greg. Sí, no descuidarse.... ¿Y piensas
te protegerá?

Marques. Me amaba
siendo yo solo don Juan
Chinchilla: con mayor causa
siendo marques.

D. Greg. ¿Sabe ya
que has titulado?

Marques. En tan larga
ausencia, nunca le he escrito;
y asi es regular que nada
sepa.

D. Greg. Pues has cometido
una enormísima falta.

Marques. Tampoco sabrá que soy
casado.

D. Greg. Eso no me extraña;
pues á mí que estoy aqui
se me figura que es chanza.

Marques. ¿Chanza?... ¿Y la marquesa?

D. Greg. Es una
huéspeda que está en tu casa.

Marques. ¡Si es mi muger!

D. Greg. Sí, será;
mas yo la veo que campa
por su respeto; que habita
en vivienda separada;

que la ves solo al comer,
y entonces apenas la hablas;
que tiene tertulia donde
admite á quien le da gana;
que va á paseos y bailes
sin tí....
Marques. ¿Y que?.... ¿Quereis que vaya
con la muger siempre al lado?
¿que la cele?.... ó si no ¿que haga
el baboso y el cansado?....
Eso es de gente ordinaria.
D. Greg. Pues esa gente lo entiende.
Si no ¿á qué es casarse?.... ¿para
ir cada uno por su lado?
No, señor: sufrir la carga.
El marido ha de querer
á su muger y guardarla.
Si él va á sus negocios, ella
con la patita quebrada,
y en casa.... Pocas visitas,
pocos paseos; no salga
si no es con su esposo; cuide
de sus hijos, que su gala
mas bella son ellos.... Yo
fui casado: era una alhaja
mi Pepa. ¡Tan hacendosa!
siempre arreglando la casa:
asi es que me la tenia
como una taza de plata.
Tan aplicada á la aguja,
que jamas se le soltaba
de las manos la labor;
y aunque tuviese criada,
ella solia guisar,
y hasta barria y fregaba:
sí, señor.... Pues ¿y virtud?

¿recogimiento? ¡qué santa!
Veinte años vivimos juntos,
y nunca apartamos cama.
¿Visitas?.... Un primo suyo
nada mas; y algunas cuantas
vecinas; mas ¡tan contenta!
Los dias de fiesta daba
conmigo una vuelta; ó bien
iba al sermon: ignoraba
qué son tertulias: de noche,
concluida la velada,
rezaba el rosario; y luego
leía la historia sacra
hasta cenar.... Era toda
una muger. ¡Cuánta falta
me hace! ¡pobrecita! Dios
en su santa gloria la haya.

Marques. Vos, tio, no os haceis cargo
que hombres de mis circunstancias
no se casan por tener
muger que cuide la casa
y los chiquillos: para eso
tienen mayordomos y amas.
Toman esposa porque es
á su esplendor necesaria.
Por sí solos nunca brillan:
ella su crédito y fama
extiende; y citar os puedo
mil de quienes nadie hablára
si no fuera por el lujo
de sus mugeres. Si tratan
de dar alguna comida
ó baile, toca á su cara
mitad recibir las gentes;
y de todos obsequiada,
ella preside, ella reina
y es la deidad de la sala.

Por ella medran y tienen
protectores: verbi-gracia:
antes los buscaba yo
cuando los necesitaba;
y ahora me buscan á mí
aun cuando no me hagan falta.
Si salgo con mi muger,
á cada paso me paran;
y con muchos cumplimientos
todos me ofrecen su casa.
Es un triunfo para mí
cuando suelo acompañarla....
Pero esto sucede poco;
porque no es tono sacarla
yo mismo á paseo: ese
cuidado en otros descansa;
y á mí me basta, en su coche,
desde el salon, admirarla
cuando va de un general
ó de un duque acompañada.

D. Greg. ¿Conque asi tienes muger
no para tí, sino para
los demas?.... Y dí, sobrino,
¿es esa aquella Adelaida
cuya violenta pasion
me ponderaste en tus cartas?

Marques. Sí señor.

D. Greg. Sí?.... pues, amigo,
mentiste como un canalla.

Marques. ¿Por qué?

D. Greg. Porque segun veo
no la quieres.

Marques. Prueba clara
fue de amor el preferirla
á otras de clase mas alta,
á pesar de que era pobre.

D. Greg. Pues pronto pasó tu llama.

Marques. Los afectos con el tiempo
disminuyen.
D. Greg. Si llеváras
treinta años de matrimonio,
concedo; mas esta Pascua
hizo uno tan solo que
te casaste, y ¡qué mudanza!

ESCENA II.

DICHOS, *y* PERICO.

Perico. (1) La señora Baronesa
de Arica manda esta carta
para usía.
Marques. (2) Bien está:
di que iré luego sin falta. (3)

ESCENA III.

EL MÀQUES, D. GREGORIO.

D. Greg. ¿Es esa la Baronesa
protectora de que hablabas
hace poco?
Marques. Sí señor.
D. Greg. ¿Sin duda te da esperanzas
favorables?
Marques. Cón efecto:
leed.
D. Greg. Veamos.
Querido Marques"....

Te trata

---

(1) Entregando un papel al Marques.
(2) A Perico despues de leer la carta.
(3) Vase Perico.

con franqueza.

»Querido Marques: vuestras pre-
»tensiones van en el mejor estado:
»he hablado á un sugeto que goza de
»gran favor, y me ha asegurado que
»es cosa hecha."

Pues entonces
ya puedes mandar que te hagan
tu uniforme.

»A la una en punto debe venir
»hoy á mi casa: os espero á di-
»cha hora. No falteis, porque ven-
»drá tambien aquel diamantista ita-
»liano á quien tengo encargado el
»aderezo de brillantes.

Esta es harina
de otro costal.

»Quiero que elijais vos el que mas
»os guste entre varios que trae-
»rá, á fin de que en esto, lo mismo que
»en lo primero, conozcais cuanto de-
»sea serviros y agradaros vuestra sín-
»cera amiga=La Baronesa de Arica.

Y dí: ¿á cuánta
cantidad ascenderá
el valor de esas alhajas?

Marques. No lo sé; mas yo presumo
que de ochenta á cien medallas.

D. Greg. Pues la tal viudita vende
su proteccion algo cara.

Marques. ¿Acaso dice que yo
lo pague?

D. Greg. No, mas te llama
para que elijas; y creo
que la indirecta es bien clara.

Marques. Ello siempre es fuerza ha-
cerle

una expresion.
D. Greg. ¡Pues me agrada
la expresion!.... señor sobrino,
vuestra conducta es muy mala.
Marques. ¿Por qué?
D. Greg. Porque tengo yo
ciertas noticias.... ¡Qué infamia!
¡Un hombre casado!.... En fin,
bueno va: allá te las hayas;
que en cuanto á mí desde ahora
hago la cruz á esta casa,
voime á buscar un arriero,
tomo el portante mañana,
y huyendo de esta liorna
no paro hasta la Montaña.

ESCENA IV.

EL MARQUES, solo.

Cosas de señor mayor.
En fin, la suerte me llama
á hacer un papel brillante
en la corte.... A tí, adorada
Baronesa, deberé
mi dicha: por ello el alma
te doy: sí, tú desde ahora
serás de mis dulces ansias
el objeto.... ¿Y mi muger?....
mi muger no sabrá nada.
Ademas ¿qué hago yo en esto
que otros infinitos no hagan?
Siquiera por darme tono
debo tener.... La chanada
será que tambien mi esposa
tenga por su lado.... ¡Vaya!
¡cómo que tambien es tono!

No; pues eso no me agrada....
Pero no hay que temer.... (1) ¡Oiga!
son las doce y media dadas.
¡Que tarde!... Voime corriendo (2)

ESCENA V.

EL MARQUES. EL CONDE.

Conde. (3) Está bien: en esta sala
quedaré esperando mientras
no esté visible madama.
Marques. ¿Qué veo?.... no hay duda... él es:
el Conde de Fuendorada.
¿Conde?
Conde. ¡Chinchilla!.... ¿tú aquí?....
dame un abrazo.... ignoraba
que estuvieses en Madrid.
Marques. Desde que volví de Francia
no he salido de él.
Conde. ¡Qué ingrato!
ni tan siquiera una carta
me has escrito.
Marques. Mis negocios
de ese silencio son causa.
Conde. Y ¿por qué no has ido á verme?
Marques. No sabia tu llegada.
Conde. Siempre soy tu verdadero
amigo: hasta donde alcanzan
mi fortuna y mi favor
puedes disponer.

---

(1) Mira el relox.
(2) Toma el sombrero que estará sobre una mesa, se lo pone, y va á salir por el foro cuando sale el Conde.
(3) Desde la puerta hácia dentro,

Marques. Mil gracias.
Conde. Lo digo como lo siento.
Marques. Puede que en breve me valga
de tu favor.
Conde. ¿Solicitas
algun destino?
Marques. Una plaza
de gentil-hombre.
Conde. Pues ya
cuenta con ella: mañana
mismo te presentaré
á mi tio.
Marques. ¡Amistad rara!
Conde. ¡Si supieras cuántas veces
de tí en París me acordaba!
Marques. ¿Te habrás divertido mucho?
Conde. Jóven, con bastante plata,
y un genio alegre, ya puedes
discurrir.
Marques. Y con las damas,
¿qué tal, has sido dichoso?
Conde. ¡Oh! no siempre en las batallas
de amor los dulces laureles
con facilidad se alcanzan.
Sin embargo, en mis empresas
he hallado pocas ingratas.
Sé manejar una intriga
con arte: no olvido nada
de cuanto puede ablandar
la beldad mas inhumana:
finjo, adulo, ruego, gasto,
regalo; y si se me escapa
bien puede decir que queda
su virtud acrisolada.
Marques. ¡Pobres hijas de familia!
Conde. Dí tambien ¡pobres casadas!
Marques. ¡Cómo!.... ¿casadas?

Conde. Si son
esas las que mas me agradan.
Marques. Digo que tienes mal gusto.
Conde. Allá en París me llamaban
el coco de los maridos.
Marques. Enhorabuena allá en Francia;
pero acá en España.... Mira,
los maridos en España
son muy celosos.
Conde. Mejor:
á esos me gusta pegarla.
Marques. Sí; pero hombres como tú
han de acometer mas arduas
empresas. Poco rival
es un marido: no sacas
de eso gloria alguna.
Conde. Pues
yo bien sé me ha de dar fama
cierto plan que traigo ahora
entre manos.
Marques. ¿Con casada?
Conde. Con casada.
Marques. ¿La conozco?
Conde. Pues te veo en esta casa,
juzgo que sí.
Marques ¿Cómo? ¿Vive
aqui?
Conde. Sí.
Marques. (¡Ay! ¡Virgen santa!
¿Si será mi muger?) (1).
Conde. Es,
para no ocultarte nada,
la Marquesa.
Marques. (¿No lo dije?)

(1) Las cláusulas entre paréntesis son apartes.

¿De veras?.... ¿Eh? (1)

Conde. ¡Ay ¡qué guapa
es la Marquesa!

Marques. Pues yo
en ella no encuentro nada
de particular.

Conde. ¿Qué dices?
¡si es un hechizo!

Marques. La cara
no es del todo mala; pero
por lo demas ¡ay! espanta.

Conde Pues, amigo, á mí me gusta.
Y al Marques de Rosa-blanca
¿le conoces?.... al marido.

Marques. Ya.... sí.... de vista.

Conde. ¿Qué trazas
tiene?

Marques. Así....

Conde. Dicen que es jóven.

Marques. De mi edad.

Conde. Que era de baja
condicion; mas que queriendo
figurar compró muy cara
su nobleza.

Marques. ¿Dicen eso?

Conde. Y que por lucirlo gasta
mas de lo que tiene.

Marques. Es falso.

Conde. Y tambien que con el ansia
de brillar ya no hace caso
de su muger.

Marques. (¡Ah canalla!)

Conde. Ya ves, es de los maridos
que yo busco.

Marques. Sí, mas falta

---

(1) Con risa forzada.

que la Marquesa....

Conde. Ya está
casi medio conquistada.

Marques. ¿Cómo?.... ¿qué dices?....
(¡Ay, Dios!
esto solo me faltaba).

Conde. Digo que ya....

Marques. ¡Ya!

Conde. Que tengo
esperanzas.

Marques. ¿Qué esperanzas?
Dí: ¿cuándo la has conocido?

Conde. Ayer por la noche en casa
de la Condesa del Viento.
Hubo gran baile: la sala
mil jóvenes ofrecia
que el premio se disputaban
de la beldad; mas á todas
la Marquesita eclipsaba.
De numerosos amantes
hallábase rodeada.
Loco de amor, me abro paso,
llego con mimo y con gracia,
dígola quien soy, despliego
mi finura y elegancia;
á su hermosura, á su trage
prodigo mil alabanzas;
y fui tan feliz que en breve
cuantos antes la cercaban
viéndose desatendidos
se esparcieron por la sala
dedicando sus obsequios
á menos hermosas damas.
Dueño del campo, redoblo
mis esfuerzos; y ablandada
por fin, me prometió....

Marques. ¿Qué?

Conde. ¡Oh favor singular!
Marques. Habla:
¿qué te prometió?
Conde. ¡Preludio
de mis dichas!
Marques. Dí, pues.
Conde. ¡Cuántas
envidias causé!
Marques. Pues qué,
¿fue público?
Conde. Sí.
Marques. (Qué rabia)
¿Qué fue?.... Dí.
Conde. Bailar tan solo
conmigo.
Marques. ¡Ah!
Conde. ¿Qué tienes?
Marques. Nada.
Conde. Parece que te incomoda
lo que digo.
Marques. ¡Qué bobada!
muy al contrario.... No ves
que me rio?
Conde. No me engañas.
Tú estás.... ¡Ay, qué tonto!...: ya
caigo.... El verte en esta casa....
tu inquietud.... todo me indica.....
Marques. ¿Qué?
Conde. No hay que ocultarlo.... Vaya,
que es lance!.... Sí, tú eres....
Marques. ¿Quién?
Conde. Mi rival.
Marques. ¿Yo?
Conde. Sí, tú, tú amas
á la Marquesa.
Marques. No hay tal.
Conde. Lo conozco.

Marques. ¡Qué machaca!
(Mejor será descubrirme
y.... mas ¿cómo tendré cara
para decirle yo mismo?....)
Conde. ¡Ola! parece que callas.
Marques. (El al cabo ha de saberlo)
Pues bien, yo... (No puedo).
Conde. Acaba.
Marques. (Menos vergüenza será
lo sepa por otros).
Conde. Habla.
¿Qué piensas?
Marques. Nada.
Conde. Confiesa
que la quieres.
Marques. Si te agrada
que lo diga, sí.
Conde. Y ¿qué hacemos?
Marques. Por mí, lo que te dé gana.
Conde. Mira, será lo mejor
que me la cedas. Compara
tu situacion con la mia:
fuera en tí porfia vana
competir conmigo (1).
Marques. ¡Oh Dios!
¡La una!.... Ya se me olvidaba
que estoy con la Baronesa
citado... voy.... (2).
Conde. ¡Qué! ¿te marchas?
Marques. Sí.... (3) (El caso es que si me voy
éste queda solo en casa
cortejando á mi muger).
Conde. ¿Conque me cedes la dama?

(1) El relox da la una.
(2) Hace ademan de quererse marchar.
(3) Da algunos pasos y vuelve.

Marques. (¡Qué apuro!)
Conde. Pues bien, á Dios.
Marques. No, me quedo (1).
Conde. ¿Te retractas?
Marques. (2) (¿Qué dirá la Baronesa?).
Conde. ¿Estás loco ó tienes ganas
de burlarte?
Marques. (3) (Pensará
que no voy por no comprarla
el aderezo).
Conde. Pues mira,
te retiro la palabra
de presentarte á mi tio.
Marques. ¿Qué dices?
Conde. Por mas instancias,
por mas empeños que tengas,
no has de conseguir la plaza
que pretendes.
Marques. Eso no.
Conde. Pues márchate sin tardanza.
Marques. Bien, me voy.... (En media hora
que puedo faltar de casa,
no hay que temer el que... Y luego
mi muger es muy honrada).
Abur (4).
Conde. El sombrero.
Marques. Venga (5).
Conde. ¿Qué haces? esa es la ventana.
Marques. ¡Ah! sí: estoy distraido.

---

(1) Se quita el sombrero, lo pone sobre una silla, toma otra y se sienta.
(2) Despues de una corta pausa.
(3) Sin atender al Conde.
(4) Se va á marchar sin sombrero y se lo dá el Conde.
(5) Se dirige equivocadamente hácia la ventana.

Conde. (1) Adios.

ESCENA VI.

EL CONDE, solo.

Ya se ha marchado. A Dios gracias
dueño del campo he quedado.
Sin embargo, algo me extraña
haber logrado tan pronto
convencerle.... ¡Ah! mi adorada
Marquesa sale.

ESCENA VII.

EL CONDE. LA MARQUESA.

Marquesa. Señor
Conde, perdonad que os haya
hecho esperar.
Conde. ¡Ah! señora:
solo en cuanto me privaba
de vuestra amable presencia
he sentido la tardanza.
¿Estábais al tocador?
Marquesa. Mejor dijérais que estaba
en un potro. Ese Mouchez
ha perdido ya la gracia
para peinar: hoy me ha puesto
una cabeza que espanta.
Conde. Pues yo os encuentro divina.
Marquesa. Lisonja vuestra.
Conde. Les falta
es verdad á ciertos bucles

(1) Le agarra por el brazo y le lleva hasta la puerta.

un no sé qué... Si me hallára
presente á vuestra *toilette*
esas faltas enmendára.
Marquesa. ¿Vos?
Conde. Sí, yo.... Vos no debiérais
permanecer encerrada
cuando estais al tocador;
que es contra toda elegancia.
Esta prescribe que asistan
los amigos de confianza
á un acto tan importante.
Entonces sí que una dama
se halla en su esplendor, y reina
cual en un trono sentada.
Los que la cercan admiran
en su sencillez las gracias
que le dió naturaleza
libres de enojosas galas.
Todos la sirven y ofrecen
incienso sobre las aras
de su beldad: cuál presenta
las olorosas pomadas;
cuál con una horquilla prende
un rizo que se escapaba;
cuál ayuda á colocar
los pendientes; cuál alarga
el collar digno de envidia
que el nevado seno abraza.
Entre todos se discute
la forma mas adecuada
que deben tener los rizos,
su situacion, la distancia
que han de guardar entre sí;
y otros puntos.... Ella paga
tan agradables servicios
con su risa y sus miradas:
todos quedan satisfechos,

todos prendados; y gracias
al peinado, ella se lleva
ya por parte de mañana
en cada pelo un suspiro,
y en cada ricito una alma.

Marquesa. Seguiré vuestros consejos;
y quiero desde mañana
que asistais á mi *toaleta.*

Conde. ¡Qué favor!.... ¡Ah! me olvidaba
de preguntaros si habeis
descansado.

Marquesa. En dos semanas
no descanso del tal baile.
¡Qué tormento! En una sala
que apenas caben cincuenta,
mil personas apiñadas.
Cuál se mira trasportado
donde no quiere en volandas,
cuál con las luces, el humo,
y la calor se desmaya.
Si es la música, no se oye:
...si el baile, las contradanzas
son un campo abierto donde
se atropellan y maltratan:
el ambigú no parece
sino una plaza tomada
por asalto: en fin, sale una
muerta de sueño, rasgada,
medio tullida, y se puede
llamar feliz la que escapa
sin coger á la salida
una pulmonía.... Vaya,
lo digo, tales funciones
las aborrezco en el alma;
y á ellas la vanidad,
pero no el gusto me llama.

Conde. Igual fastidio tambien
del baile ayer me ahuyentára;
mas vos estábais en él;
y vuestra presencia basta
para embellecerlo todo.
Verdad que en medio de tanta
concurrencia solo á vos
veía: la imagen grata
de vuestra beldad ni un punto
de mi memoria se aparta.
Brillante con mil adornos
que los ojos deslumbraban,
los mios quedaron ciegos
al contemplar tantas gracias....
Mas ¿qué necesidad hay
de recordar tales galas
cuando sin ellas ahora
aun mas vuestra vista encanta?
¡Ah! sí: tan lejos de haceros
ningun favor, os agravian;
y pareceis mas hermosa
cuanto menos adornada.
Marquesa. Dejaos de esas lisonjas....
Está hermosa la mañana;
y quiero dar una vuelta.
Conde. Por mí....
Marquesa. No lo digo para
que os marcheis; pues al contrario
podeis, si no os desagrada,
acompañarme.
Conde. Señora,
con mucho gusto.

ESCENA VIII.

Dichos. D. GREGORIO.

D. Greg. ¡Ola! Gracias
á Dios, sobrina, que llego
á verte: parece chanza;
mas ya va para dos dias
que no te he visto la cara.
Si es por la mañana, estás
hasta las doce en la cama:
despues dice tu doncella:
"aun se está vistiendo el ama:"
ó "ha salido en el bombé."
Ayer no comiste en casa,
y por la noche tuvistes
ópera, baile y jarana.
Marquesa. Pues si tardais un momento
ya no me encontrais en casa.
D. Greg. ¿Vas á salir?
Marquesa. Sí señor.
D. Greg. ¿A donde?
Marquesa. A paseo.
D. Greg. Vaya,
pues te acompañaré.
Conde. (A Dios:
ya tengo la fiesta aguada).
Marquesa. Si quereis....
Conde (1) ¿Quién es?
Marquesa. Un tio
de mi marido.
Conde. ¡Qué facha!
D. Greg. Cuando entré ya estaba el
coche.

(1) Bajo á la Marquesa.

Marquesa. Pues bien, vamos.
Conde. Vamos.
D. Greg. ¡Calla!
¿Viene tambien el señor?
Marquesa. ¿Si gusta de ello?
D. Greg. (1) Palabra.
¿Sois duque ó baron?....
Conde. Soy conde.
D. Greg. Pues podeis acompañarla:
lejos de tomarlo á mal
su esposo os dará las gracias.

---

(1) Al Conde, llamándole aparte.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL MARQUES, solo.

Viage escusado. ¡Mal haya
el Conde!.... por él.... y luego
esa Baronesa tiene
tan poca paciencia.... al menos
debiera haber esperado
una media hora.... en fin, ello
es que ya no estaba en casa.
¡Por vida de....! lo que siento
es que el otro se ha quedado
aqui; y ¿quién sabe?.... ¡oh! no creo
que mi muger.... mi muger
es como todas.... por cierto
que es chasco que el Conde venga....
no sé como componerlo.
Si con él me enfado, adios
su proteccion y mi empleo:
si al contrario callo y sufro,
podré.... sí, mas ¡á qué precio!

ESCENA II.

EL MARQUES. LA MARQUESA.
D. GREGORIO.

Marques. (1) ¡Ah! ¿tú aqui?.... de dónde vienes?

(1) A la Marquesa.

Marquesa. Vengo de dar un paseo.
Marques. ¡Oiga! ¿Con mi tio?
Marquesa. Sí.
D. Greg. Y con otro caballero
que se agregó.
Marques. ¿Quién?
D. Greg. Un conde....
¡Oh! puedes estar sin miedo:
es persona de alta clase;
eso sí, franco en extremo,
modales sueltos; y un pico...
¡Vaya un pico de los buenos!
Marques. Dí: ¿por ventura es el conde
de Fuendorada?
Marquesa. En efecto.
D. Greg. ¡Calla! ¿aquel de quien me hablablas
esta mañana?
Marques. Ese mesmo.
D. Greg. ¿El que debe protegerte?
Marques. Sí, señor.
D. Greg. Pues te prometo
que si tu muger se empeña
en breve tendrás empleo.
Marquesa. ¿Le conoces tú?
D. Greg. ¡Si son
amigotes!
Marquesa. Pues me alegro.
No quiso subir ahora;
pero volverá muy presto,
pues comerá con nosotros.
Marques. ¿Le has convidado? Mal hecho.
D. Greg. Cierto que es mal hecho: ahora
apuesto á que no comemos
hasta las seis de la tarde.

Marquesa. Eso dadlo por supuesto.
D. Greg. ¡Y ahora son las tres! No aguanta
tanto mi estómago; y luego
tras de comer tarde, habrá
que guardar mil cumplimientos.
Estaré metido en prensa
entre damas, no pudiendo
ni escupir, ni estornudar,
ni servirme de los dedos
para comer; deberé
esperar á que el postrero
me sirvan; me quitarán
el plato estando comiendo;
nos pondrán muchos guisotes
y un malísimo puchero;
y si alguno me gustare
quizás no haré mas que olerlo....
No, no, abur.
Marques. ¿A donde vais?
D. Greg. En busca de algun plebeyo
que no aguarde á comer cuando
cenaban nuestros abuelos.

ESCENA III.

EL MARQUES. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Conque conoces al Conde?
Marques. Hace ya bastante tiempo.
Marquesa. ¡Qué sugeto tan amable!
Marques. ¿Sí?.... ¿Eh?
Marquesa. ¡Qué fino! ¡qué atento!
y ¡qué bien baila! ¡si vieras!
hizo unos pasos tan nuevos,
tan lindos que....
Marques. Sí, ya se

que ayer fue tu compañero
en el baile.
Marquesa. Casi todo
lo bailamos juntos.
Marques. ¡Bueno!
sin cuidar de que en la sala
murmurarian.
Marquesa. ¿Por eso?
Marques. Y porque toda la noche
con él hablando te vieron.
Marquesa. No hay tal cosa, hablé con todos.
Marques. Pero mas con él.
Marquesa. Es cierto,
porque fue el mas obsequioso.
Marques. Pues sepas que esos obsequios
no me acomodan.
Marquesa. Entonces
me encerraré en un convento;
que estando en la sociedad,
de evitarlos no hallo medio.
Marques. Sí, pero hay ciertos... si no
dime, ¿á qué se redujeron
esos obsequios del Conde?
Marquesa. ¡Qué aprension!
Marques. Quiero saberlo.
Marquesa. ¡Ah! ¡Ah!
Marques. ¿Te ries?
Marquesa. ¡Pues no!
Marques. Vamos, dilo.
Marquesa. No me acuerdo.
Marques. Por ser cosas que me ofenden
me lo callas.
Marquesa. ¿Cómo es eso?
¿Pensais que....? Marques, hacedme
algun mas favor os ruego.

Marques. Si nada tiene de malo,
¿á qué son tantos misterios?
Marquesa. Y ¿qué piensas me diria?
Lo que todos, tú el primero,
dicen á todas: la eterna
cartilla de cumplimientos
y de frases afectadas
que, palabra mas ó menos,
en todos es una misma:
cosas que ya mas de ciento
me han repetido; y de puro
oirlas no hacen ya efecto.
Marques. ¿Ello es que él se esplicó?
Marquesa. Sí.
Marques. ¿Y tú le escuchastes?
Marquesa. Cierto.
Marques. ¿Sin enfadarte?
Marquesa. ¿Por qué,
si todo fue lisonjero?
Marques. ¡Ya se ve! te habló de amor.
Marquesa. No llegó á tanto como eso:
todo fue galanterías
de un hombre fino y atento.
Marques. ¿Y tú qué le respondistes?
Marquesa. ¿Tambien quieres saber eso?
Marques. Tambien.
Marquesa. Cosas generales.
Marques. Pues no quedó descontento
segun noticias.
Marquesa. Bien puede
ser: ¡los hombres son tan necios!
todo lo que no es desaire
lo convierten en provecho,
sin saber tomar las cosas
por lo que son, por un juego.
Cuando están á nuestro lado
no han de hablarnos del gobierno,

de las artes, de las ciencias.
La conversacion del tiempo
es corta y tonta ; el recurso
es elogiarnos; y hay ciertos
que por salir del apuro
nos espetan un *yo os quiero.*
Y ¿qué hemos de hacer entonces?
¿enojarnos y ponernos
como basiliscos? no;
seguir la corriente. El necio
nos sirve de diversion,
y nos distrae el discreto.
La conversacion concluye
quedando todos contentos.
Nos despedimos; y adios:
Si te ví, ya no me acuerdo.
Marques. ¿Y si lo que fue una chanza
lo toma el tal por lo serio,
y sigue y emprende?
Marquesa. Entonces
se le desengaña presto
y escarmienta.... verbi-gracia:
si tienes algun recelo
del Conde, pronto verás
como le mando á paseo,
Marques. Eso no.
Marquesa. ¡Cómo!
Marques. Pudiera
enojarse.
Marquesa. Y ¿qué tenemos?
Marques. Tenemos mucho: por él
puedo conseguir mi empleo.
Marquesa. ¡Ola! ¡ola! señor marido,
parece que en vos los celos
transigen con la ambicion.
Marques. No, sino que siempre hay
medio

de conciliar.... me convence
lo que dices.... solo quiero
estar seguro de tí:
por lo demas yo no encuentro
inconveniente en que.... pues....
en que tú mostrando cierto
agrado.... asi.... como que....
En fin tú tienes talento,
y esto no ha de durar mas
que hasta tener el empleo.
Marquesa. Miren en lo que han parado
tanta furia y tantos celos.
Y decid, querido esposo,
¿estais á sufrir resuelto
con la paciencia debida
las inquietudes, los miedos,
las dudas é iras que en tanto
asaltarán vuestro pecho?
Marques. De modo que yo....
Marquesa. Ya, tú
te harás el prudente, y luego
sobre mí descargará
el nublado de tus celos.
Marques. ¿Celos yo?.... si los tuviese
¿sufriera lo que consiento?
Marquesa. ¿Qué sufres?
Marques. Tantas visitas
como tienes.
Marquesa. Sí, las tengo.
Una dama del gran tono
hace siempre un papel feo
cuando no tiene su corte;
mas ¿debes temer por eso?
acércate y mirarás
¡qué ridículos sugetos!
un coronel con sus grandes

bigotes, dando tan fieros
gritos, que parece está
mandando su regimiento.
Un vano covachuelista
que anda eternamente puesto
de uniforme, y ponderando
la importancia de su empleo.
¿Piensas que he de enamorarme
de aquel viejo recompuesto,
jugador de profesion,
en quien dientes, color, pelo,
todo es postizo, y le impide
la tos decir un requiebro?
Un cierto golilla tiene
menos repugnante aspecto;
mas hay la fatalidad
que habla mucho y no le entiendo.
De un jóven hijo de Apolo
me agradarian los versos
si alguna gloria adquiriese
mi reputacion por ellos,
mas compuso ha pocos dias
un madrigal á un bostezo,
y mientras me lo leía
me hizo á mí dar mas de ciento.
No faltan á la verdad
elegantes; y te puedo
enseñar alguno jóven
y buen mozo, no lo niego;
mas tan pagado de sí,
tan adamado, tan lleno
de olores, que causa hastío
cuando se acerca diciendo:
¿no es cierto que soy hermoso?
¿no voy siempre muy bien puesto?
mirad ¡qué dientes tan blancos!
¡qué rizado traigo el pelo!

amadme, pues, Marquesita,
porque en verdad lo merezco.

ESCENA IV.

Dichos. PERICO.

Perico. Señora, adentro os espera
la modista.
Marquesa. Allá voy luego (1).
La he mandado venir para
un traje nuevo que intento
llevar el martes al baile
del embajador.
Marques. Teniendo
tantos vestidos ¿á qué
viene el hacerte otro nuevo?
Marquesa. Si voy con uno á dos bailes
todo mi crédito pierdo.
Marques. Sí; pero tambien ya tanto
gastar.... y si fuera en eso
solo; mas en todas cosas
muestras un lujo supérfluo.
No te lo digo por mí,
pues nada me duele; pero
sé que murmuran y dicen
que gasto lo que no tengo.
Marquesa. Y bien está ¿qué te importa
que lo digan, si es incierto?
Sobre todo nuestros gastos
son precisos, no supérfluos.
¿No eres un título ya?
¿no tendrás pronto un empleo
en la corte?.... es necesario

(1) Vase Perico.

que el tren anuncie al sugeto.
Yo por mí no quiero lujo;
y si me compro soberbios
brillantes, si gusto de ir
en bombé, si nunca dejo
pasar una moda, es solo
por darte honor; mas lo siento,
ya que tú, ingrato, me riñes
en lugar de agradecerlo.

Marques. Esto no es reñir, es solo
manifestar lo que pienso.

Marquesa. Pues bien, prometo enmendarme
cuando me des el ejemplo.
Por lo que toca al vestido,
amigo, ya está resuelto
que se haga: para otra vez
me servirán tus consejos.

ESCENA V.

EL MARQUES solo.

En nada quedamos.... ¡ah!
ya me voy yo convenciendo
de que es locura casarse.
Todo es cuidados, recelos,
mucho gastar; y por fin
¿qué gana uno? estar sujeto.
¡Ah! ¡la Baronesa! ¡oh cuánto
de verla ahora me alegro!

ESCENA VI.

EL MARQUES. LA BARONESA.

Bar. Vaya, Marques, que me habeis
dado un chasco de los buenos.

Marques. Perdonad; pues me detuvo
un pesado.... ¡cuánto siento
mi tardanza! ... tambien vos
habeis salido tan presto....
Baronesa. Me era forzoso ir á ver
á la Condesa del Viento.
¡Ah! ¿cómo no os ví en el baile
que dió ayer?
Marques. Porque no quiero
ir á bailes donde vaya
mi esposa: es estar molesto,
y no divertirse.
Baronesa. Estuvo
brillante. El vestido nuevo
que me regalasteis dió
gran golpe; y yo tuve cierto
orgullo al ver que escedia
al de vuestra esposa.
Marques. En ello
tengo un placer.... ¡ah! decid:
¿habeis visto á aquel sugeto?
Bar. ¿Qué sugeto? ¿el diamantista?
Marques. Ese no: el de mi empleo.
Bar. ¡Ah! ya caigo: en casa estuvo;
pero se marchó muy presto,
y gracias que no faltó;
pues no puede de un momento
disponer sin defraudarlo
al Estado.
Marques. Segun eso
ocupa un puesto importante.
Bar. ¡Toma! uno de los primeros.
Marques. ¿Cómo se llama?
Baronesa. Se llama....
debo callarlo.... á su tiempo
os lo diré....Pero hablando
de otra cosa: amigo, ¡tengo

una rabia !....

Marques. ¿Contra quién?

Bar. Contra el ladron del platero.

Marques. ¿Os ha engañado?

Baronesa. Peor:
quiere que le dé el dinero
de contado.

Marques. ¡Haya bribon!
¡atrevido!

Baronesa. ¡Qué ultraje hecho
á toda una Baronesa!

Marques. ¿Dónde ha visto ese mostrenco
que barones ni marqueses
paguen al contado?

Baronesa. Y ello
no era mas que una friolera;
y á no ser porque en el juego
fui ayer noche desgraciada....

Marques. ¿Conque perdísteis?

Baronesa. Lo menos
treinta ó cuarenta medallas.
¡Ya se vé....! talló aquel tuerto.

Marques. ¿Ello es que no habeis comprado
las alhajas?

Baronesa. No, y lo siento;
pues me gustaba infinito
uno de los aderezos
que llevaba.

Marques. ¿No sabeis
que está mi bolsillo abierto
siempre para vos?

Baronesa. Sí; mas
tantos favores os debo
ya, que....

Marques. Pues mi amor os quiere

hacer este nuevo obsequio.
Baronesa. Yo me avergüenzo.... por culpa
de administradores tengo
que sufrir estos bochornos;
mas juro que á todos ellos
he de despedir.
Marques. Muy bien;
pero entretanto yo os ruego
que acepteis....
Baronesa. Si os empeñais....
Marques. ¿Cuánto vale el aderezo?
Bar. Unas cuarenta y cinco onzas.
Marques. Voy por ellas al momento.

ESCENA VII.

LA BARONESA sola.

Buen pellizco le he sacado.
Con algunos cuantos de estos
me prometo en pocos meses
hacer mi agostillo; y luego,
Marques mio, al mejor dia
anochezco y no amanezco.
No me conviene seguir
este embrollo mucho tiempo;
pues si al fin se me descubre...

ESCENA VIII.

LA BARONESA. EL CONDE.

Conde. ¡Ola! Juanita: ¿te encuentro
tambien aqui?
Baronesa. ¿No os he dicho
ayer que en la corte tengo

título de Baronesa?

Conde. Sí; pero dime el misterio
de tan extraña mudanza.

Bar. Ahora no tendremos tiempo.
Cuando ayer nos encontramos
os lo quise decir; pero
vísteis á la Marquesita,
y ya no pude hallar medio
de apartaros de su lado.

Conde. Es verdad.

Baronesa. Ved que os recuerdo
vuestra palabra de no
descubrirme, por lo menos
hasta que os diga las causas.

Conde. Muy bien; pero yo me muero
por saber....

Baronesa. ¡Chito! que viene
el Marques.

ESCENA IX.

Dichos. EL MARQUES.

Marques. (¡Qué contratiempo!
¡el Conde!)

Conde. (¿Marques ha dicho?)
¿Otra vez aqui te veo?

Marques. Sí (1). Escuchad.... (2) con tu permiso (3).
Tomad, aqui teneis eso (4).

Baronesa. Mil gracias.

Marques. ¡Ah! no digais
al Conde que yo....

---

(1) A la Baronesa.
(2) Al Conde.
(3) Lleva á la Baronesa á un lado.
(4) Le da un bolsillo.

Baronesa. Prometo
callar.
Marques. Es que no lo digo
por esto, sino que....
Baronesa. Bueno:
ya digo que guardaré
sigilo; y en prueba de ello
me marcho ahora mismo.... Conde,
una vez que aqui ya os dejo
con el Marques, yo me voy.
Conde. ¿Qué Marques?
Baron. Pareceis ciego;
el Marques de Rosa-blanca,
el señor.... ¿no le estais viendo?
¿ó no le conoceis?
Conde. ¡Ah!
Marques. (Adios, ya estoy descubierto.)
Bar. ¿Está vuestra esposa en casa?
Marques. No lo sé.... sí.... por allá dentro
anda.
Baronesa. Pues la voy á ver.
Hasta luego, caballeros.

ESCENA X.

EL MARQUES. EL CONDE.

Conde. ¡El Marques! ¡ah! ¡ah! ¡ah!.... vaya,
que si no rio reviento.
Marques. ¡Como es tan chistoso el lance!
Conde. ¿No lo ha de ser? A lo menos
para mí.
Marques. ¡Ya! para tí....

Conde. Es cosa que si la cuento
hará reir á Madrid
lo menos un mes entero.
Marques ¡Mucho!
Conde. Por eso sin duda
era aquel aturdimiento,
aquel marcharse y volver....
¡ya se vé! yo iba diciendo
tales cosas.... ¡qué buen rato
habrás tenido!
Marques. Yo creo
que os estais burlando.
Conde. ¿Yo?
Marques. Es que....
Conde. ¿Te enfadas? ya veo
que ahora conviene mostrarte
agraviado: sí, yo debo
á tus ojos parecer
un pérfido, un monstruo horrendo,
seductor y falso amigo;
y en el furor de tus celos
sin duda debe tu espada
traspasar mi aleve pecho.
Marques. Tanto ya.... mas ¿te parece
que haya de tomarlo á juego?
Conde. ¿Quién tal dice? es una cosa
tan séria, que por lo menos
debemos salir al campo,
y alli con regla y sin miedo
pegarnos cuatro estocadas.
Marques. Pues cuando quieras saldremos.
Conde. Está muy bien; pero como
buen amigo, te aconsejo
inventes luego, si sales
vencedor, otro pretesto
que nuestro duelo motive.

Marques. Y ¿por qué?

Conde. Porque es muy feo
en este tiempo ilustrado
desafiarse por celos.

Marques. Mas ¿si los celos se fundan
en la razon?

Conde. Con todo eso
el señor Marques será
la burla de todo el pueblo.
Correrá de boca en boca
tu aventura, y con aumentos,
se harán sobre ella letrillas
satíricas que los ciegos
cantarán; cuando pasares
te mostrarán con el dedo;
y acudirán para verte
los muchachos cual á nuevo
y extraño bicho traido
de luengas tierras. Los celos
cuando mas hoy se toleran
en maridillos plebeyos;
pero en gentes de buen tono....
¡ah! da vergüenza el tenerlos.

Marques. ¿Acaso es tono olvidar
el honor?

Conde. No; mas lo cierto
es que te pierdes y habrás
de ocultarte; y aun no es esto
lo peor de todo, sino
que hasta para los empleos
te inhabilitas.

Marques. ¿Qué dices?

Conde. No serias el primero
que se ha quedado en la calle
por ser marido molesto.
Y, la verdad, lo sintiera
por tí; pues ya casi tengo

conseguido el que pretendes.

Marques. ¿Para mí?

Conde. Sí, por supuesto.

Marques. ¿Conque has hablado á tu tio?

Conde. Ahora mismo de eso vengo.
Le he ponderado tus prendas,
tu instruccion, tu gran talento....

Marques. Y ¿qué es lo que ha respondido?

Conde. No ha respondido »veremos",
como suele acontecer:
sino al contrario »yo creo
que pide poco ese joven."

Marques. ¡Cosa rara!

Conde. Su deseo
(repliqué yo) se limita
por ahora á tan modesto
destino, porque le basta
para ulteriores proyectos
introducirse en Palacio.

Marques. Muy bien dicho.

Conde. Andando el tiempo
(continué) se le enviará
á algun pais extrangero
de encargado de negocios.

Marques. ¿Eso dijiste?

Conde. Mas luego
que haya visto algunas Cortes,
se le podrá con acierto
nombrar embajador.

Marques. ¡Vaya!
tú te burlas.

Conde. No por cierto,
así dije.

Marques. Es mucho ya.

Conde. Los hombres de tus talentos

nunca deben parar hasta
conseguir un Ministerio.

Marques. ¡Oh! basta, que me avergüenzas.

Conde. Puede ser que otro en mi puesto
se arrepintiera ahora ya
de lo hablado; pero tengo
mas generosas ideas;
y por lo mismo me empeño
mas que nunca en colocarte.

Marques. ¡Amigo insigne!

Conde. Mas luego
que ya estés asegurado
en tu destino, saldremos
al campo y....

Marques. ¡Cómo! ¿batirnos?
vaya, hombre, olvidemos eso.

Conde. No es posible: tú te tienes
por agraviado, y yo debo
satisfacerte.

Marques. Lo estoy.
Ademas, yo no me puedo
agraviar; pues ignorabas
que era mi muger.

Conde. Es cierto.

Marques. A saberlo, estoy seguro
la miráras con respeto.

Conde. Puede.

Marques. Y la amistad será
de hoy mas un seguro freno
de tu aficion.

Conde. Debe ser....
mas con todo, tus recelos
no se calmarán; y asi
pienso que el mejor remedio
es que rompamos.

Marques. No tal:
no faltaba mas.
Conde. Al menos
no debo ver á tu esposa.
Marques. Tampoco, y antes deseo
que la visites, la trates,
la acompañes á paseo;
y que con ella te vea
todo el mundo.
Conde. Yo no puedo
consentir....
Marques. Ahora mismo
presentarte á ella quiero.
Conde. ¡Oh! no....
Marques. Sí, ven.
Conde. Si te empeñas.
Marques. Me empeño, sí.
Conde. Pues marchemos....
(Cuánto puedes, ambicion,
pues vences hasta los celos).

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EL CONDE solo.

Mientras toman el café
quiero en silencio aqui solo
meditar sobre el partido
que he de seguir.... bien que poco
tiene que reflexionar.
He vuelto al Marques de modo
que él mismo ya favorece
mis intenciones: por otro
lado él se halla distraido,
si es que yo no me equivoco,
con la Baronesa: fuera
por consiguiente muy tonto
en no aprovecharme.... es cierto
que un amigo escrupuloso
no tratára de.... Mas ¡que!
guardando mucho decoro
en lo exterior, lo demas....
lo demas importa poco.

ESCENA II.

EL CONDE. LA BARONESA.

Baronesa. Os vi salir; y juzgando
ser este el instante propio

para hablaros, vengo....
Conde. Estoy,
amiga, lleno de asombro.
¡Qué comida tan soberbia!
Bar. El Marques se dá gran tono,
y todo respira aqui
riqueza y gusto.
Conde. Supongo
que no es esta la primera
vez que de su generoso
trato disfrutais, señora
Baronesa.
Baronesa. Gusto poco
de convites: porque quiso
la Marquesa, y mas que todo
para hablaros, me he quedado
hoy.
Conde. Yo bien sé que es mas propio
de señoras baronesas
convidar, que en casa de otros
ser convidadas.
Baronesa. Pues bien,
para mañana os propongo
comer conmigo: vereis
si yo tambien me doy tono.
Conde. Bien, veremos la otra casa
del Marques.
Baronesa. ¡Burlon!
Conde. Conozco
que todo ese tren lo debe
sostener él.
Baronesa. ¿Por qué?
Conde. Cómo
hubo un tiempo en que llevaron
la misma carga mis hombros.
Baronesa. ¿Quién se acuerda de aquel
tiempo?

Conde. ¿Quién? mis acreedores todos.
Baronesa. ¡Ingrato! ¿cómo pudísteis
dejarme en el abandono
en un París?
Conde. Te dejé
donde te hallé: bien que pronto
te ví consolada: gracias
á aquel comerciante gordo
tan rico con quien te fuiste
á Cádiz.
Baronesa. ¿Don Juan de Soto?
el pobrecito quebró.
Conde. ¡Miren qué dolor de mozo!
sin duda algun barco suyo
naufragaría.
Baronesa. Lo propio
fue para el caso; pues uno,
casco y cargamento, todo
nos lo comimos en menos
de cinco meses.
Conde. ¡Qué lobos!
Y ¿qué te hicistes despues?
Baronesa. Entonces con los despojos
del barco vine á Madrid,
donde hallándome con fondos
quise brillar, y de un viejo
Baron viuda me supongo.
Conde. ¿Y ahora de todo ese lujo
el Marques es el apoyo?
Bar. El Marques no me sostiene:
me porto con mas decoro.
Solo admito de él regalos.
A veces un primoroso
tocador; otras un bello
diamante de mucho costo;
cuándo el almuerzo de china,
cuándo la cadena de oro

de buen peso: sin contar
mil friolerillas, como
vestidos, chales, sortijas....
dinero, nunca lo tomo
si no es prestado: eso sí,
ni él lo pide, ni tampoco
yo se lo vuelvo. En el juego
llevamos un mismo fondo:
cuando perdemos él paga,
cuando ganamos yo cobro.
En cambio yo le concedo
mi proteccion.

Conde. ¿Tú?

Baronesa. Si gozo
de gran favor en la corte.

Conde. ¿De veras?

Baronesa. Él como un bobo
se lo cree por lo menos.

Conde. ¡Jesus, qué serie de embrollos!
¡Oh! pues yo, que sí disfruto
de tal favor, me propongo
servirle.

Baronesa. ¿Por amistad
solo, sin que ningun otro
interes se mezcle en ello?

Conde. Te confieso sin rebozo
que la Marquesa me gusta.

Bar. Y ¿en qué estado va el negocio?

Conde. No va mal; mas no comprendo
á la Marquesa: conozco
que no la disgusta el verse
obsequiada; pero noto
cierto aire en ella que indica
que no se interesa el fondo
de su corazon.

Baronesa. No es facil
que eche en olvido tan pronto

su amor al Marques.

Conde. ¡Oh! yo
no desmayo: sobre todo
si me quieres ayudar.
Me conviene para el logro
de mis intentos, que tengas
encaprichado á su esposo;
que á favor de la amistad
la des consejos.... Mas oigo
pasos.... es ella.

Baronesa. Guardadme
secreto, y os sirvo en todo.

ESCENA III.

Dichos. LA MARQUESA.

Marquesa. Por fin pude libertarme
de doña Justa. ¡Qué plomo!
no ha parado hasta contarme
sus ascendientes, los novios
y maridos que ha tenido,
sus partos, los nombres todos
y las gracias de sus hijos.
Yo sudaba: en fin su esposo
la llamó cuando empezaba
á hablar del perrillo dogo.

Bar. Pues al Marques le he dejado
entregado á don Sempronio,
que dará de él buena cuenta.

Marquesa. Él, al fin, le oirá con gozo;
pues le hablará de la Corte,
de ministros, de negocios
de Estado, del grande influjo
que tiene en palacio: embrollo

que concluirá con pedirle
le preste un par de onzas de oro.
Conde. Decidme: aquel alto, flaco,
con peluca y con anteojos,
que parece tan pagado
de sí ¿quién es?
Marquesa. Un famoso
diplomático: ha corrido
París, Berlin, Estokolmo;
y la ciencia que ha traido
es hablar por circunloquios.
Bar. Quién me choca es el poeta.
Marquesa. ¿Aquel colorado y gordo,
bulle bulle, de vergüenza
como de talento corto?
su oficio es con bufonadas
mantenerse á expensas de otros:
paga un soneto su escote,
y una botella es su Apolo.
Conde. No le perdono al Marques
haberme puesto aquel tomo
de la Intendenta á mi lado.
¡Vaya una muger de á folio!
Marquesa. Pero de cascos ligeros;
siempre metida en embrollos,
con pretensiones de amantes
gastándose hasta los ojos:
mas vieja que quiere, y menos
que conviene á su reposo.
Conde. Huyendo de ella me vine
aqui.
Baronesa. Donde el pobre mozo
me estaba contando ahora
sus pesares amorosos.
Marquesa. Conde ¿estais enamorado?
Conde. Decid que estoy ciego, loco.
Marquesa. ¿Puede saberse el objeto

de esa pasion?
Conde. Si le nombro
temo que.... por su retrato
le conocereis. En todo
se parece á vos : tiene esos
negros y brillantes ojos
que, al par que inflaman, infunden
timidez; tiene el gracioso
sonreir que en vuestros labios
seduce: su cuerpo airoso
imita de vuestro talle
el elegante contorno:
oigo vuestra voz y pienso
que es la suya: en fin, me formo
tal ilusion, que imagino
sois vos la que en ella adoro.
Marquesa. Bien sabeis sin ofender
hacer el debido elogio
de la que amais.
Baronesa. Solo tiene
para los escrupulosos
un gran defecto.
Marquesa. ¿Cuál es?
Baronesa. Que está casada con otro.
Marquesa. Pues, amigo, os compadezco.
Bar. ¿Quién sabe? ese es un estorbo
que no....
Marquesa. ¿No?
Baronesa. Hoy en el dia
no se repara en tan poco;
y si es sugeto de clase
distinguida y poderoso,
cualquier señora le admite.
¿Hay en eso algun desdoro?
antes bien es una gala
indispensable. ¡Qué tonto

papel hace en el gran mundo
la que se reserva solo
para un maridazo, cuya
presencia entristece á todos!
¿pensais que alaban por eso
su virtud? tomad los votos.
Quién dirá que es ordinaria;
quién, que es fea como un lobo;
quién, que es ficcion por no hallar
quien la diga: »buenos ojos
tienes": por fin me la ponen
como un trapo. Si de todo
han de murmurar, que al menos
el murmurar nos dé tono.

ESCENA IV.

Dichos. D. GREGORIO.

D. Greg. ¿Se acabó ya la comida?
Marquesa. Sí, señor.
D. Greg. Yo como un lobo
me he atracado en casa
de Cabezon. Con un trozo
de ternera he dado fin
que pudiera hartar á un toro.
Baronesa. (Santos cielos! ¡qué fatal
encuentro! este es don Gregorio).
Marquesa. (1) Tio, ved que estan aqui
estas visitas.
D. Greg. ¿Estorbo?
Marquesa. No; señor; pero el sombrero....
D. Greg. Sudando estoy como un pollo,

(1) Bajo á don Gregorio.

y si me le quito voy
á resfriarme.
Marquesa. Con todo
debeis saludar....
D. Greg. Es cierto.
Señor Conde, vaya un polvo.
Conde. ¿Tiene macuba?
D. Greg. Esquisito.
Conde. Pues por ser moda lo tomo.
D. Greg. (1) Y vos ¿no entrais en la moda?
Baronesa. No, señor.
D. Greg. Eso me ahorro.
Mas ¡calla! (2).
Baronesa. (¡Maldito viejo!)
D. Greg. Me parece que conozco
esa cara.... ¿dónde he visto?....
ya caigo.... Jesus, ¡qué asombro!
Juana.
Baronesa. Caballero ¿á quién
os dirigis?
D. Greg. A tí.
Baronesa. El modo
es bastante familiar.
D. Greg. No hay duda: es su mismo tono
de voz... ¿quién creyera?... ¡vaya!
¡cómo has medrado!
Baronesa. ¿Está loco
este hombre? ¿quién es, Marquesa?
Marquesa. Mi tio.
Baronesa. Lo muestra poco
en su modales groseros.
Marquesa. La verdad, yo me sonrojo....

(1) A la Baronesa.
(2) Observando á la Baronesa.

D. Greg. ¿ Ahora la echas de señora ?
mira que si me sofoco....
Marquesa. Pero ¿ acaso conoceis ?....
D. Greg. Ya se vé que la conozco.
Ha estado sirviendo en casa
cerca de dos años.
Marquesa. ¿Qué oigo ?
Conde. Ya escampa.
Baronesa. Corrida estoy.
(¡ Perverso !)
D. Greg. Y por cierto robo
que me hizo....
Marquesa. Ved que os podeis
engañar.
D. Greg. No me equivoco:
es la misma: sí, señor,
la misma: Juana Pantojo
mi criada. ¡Buena alhaja!
limpia, eso si, como un oro.
Y ¿qué manos tan divinas
tiene para guisar pollos ?
Conde. ¡ Ah ! ¡ qué risa !
Baronesa. Ya no puedo
sufrir mas tan vergonzosos
ultrages. Fuera humillarme
refutar lo que ni asomo
tiene de apariencia; mas
ya que vos no poneis coto
á su desvergüenza, adios,
Marquesa: de hoy mas no pongo
los pies donde asi se agravia
mi nobleza y mi decoro.

ESCENA V.

LA MARQUESA. EL CONDE.

D. GREGORIO.

D. Greg. ¡Cuál va echando chispas!
Conde. No es
para menos el negocio.
De Baronesa la haceis
bajar á fregona.
D. Greg. ¿Qué oigo?
¿ Acaso es la Baronesa
de Arica?
Conde. Tal es por todos
tenida aqui.
D. Greg. ¿La que vende
tanta proteccion al tonto
de mi sobrino?
Conde. La misma.
D. Greg. ¿A quien él regala hermosos
aderezos de brillantes?
Conde. Cabal.
D. Greg. Y la que.... mas pongo
freno á mi lengua, que está
aqui su muger, y....
Marquesa. ¿Cómo?
¿qué quereis decir?
D. Greg. No es nada.
Marquesa. Es que....
D. Greg. Nada; cierto embrollo
que penetro; pero yo
sabré deshacerlo. Corro
tras de la tal Baronesa,
y si por ventura logro
ciertos informes, vereis,

vereis en donde coloco
tanta nobleza.

ESCENA VI.

EL CONDE. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Qué escucho?
¡Qué luz funesta á mis ojos
se presenta!.... ¡qué sospechas!....
¡es posible que mi esposo!....
vos, Conde, conoceis esa
muger.... ¿quién es?
Conde. Yo lo ignoro.
Es dificil de creer
lo que dice don Gregorio;
pero se ven tales cosas....
Marquesa. ¿Y esos regalos costosos
que la hace el Marques?....
Conde. Yo creo
que es por gratitud tan solo.
¡Cómo le protege!
Marquesa. Sí;
pero ¿no puede haber otro
motivo?
Conde. ¿Cuál?.... ¡ay! Marquesa,
estais, segun lo que noto,
celosa.
Marquesa. ¿Yo?
Conde. Tambien es
imprudencia en don Gregorio
declarar que hace regalos
á una bella vuestro esposo,
y decirlo estando vos
delante.... es fuerza estar chocho.
Marquesa. Pero al cabo es la verdad.
Conde. Que lo sea: si de todo

se ha de pensar con malicia....

Marquesa. De los hombres hay tan poco
que fiar.

Conde. Sí, yo bien sé
que hay muchos, y me abochorno
de confesarlo, que olvidan
sus deberes; que en el fondo
de su corazon abrigan
un amor escandaloso;
que á pesar de que son dueños
de esposas dignas de todo
cariño, las abandonan
del modo mas vergonzoso
por objetos despreciables:
sé tambien que entonces sordos
á la razon, no permiten
se oponga ningun estorbo
á sus ciegos desvaríos;
y en tan funesto trastorno
arrollan todo respeto
y disipan sus tesoros.

Marquesa. Si el Marques fuese capaz....

Conde. ¡Oh! el Marques, yo le conozco,
y no es de esos, no.

Marquesa. Y ¿en qué
lo fundais?

Conde. En ser esposo
vuestro: basta contemplar
los seductores adornos
que en vos brillan á porfía
para creer....

Marquesa. Pueden poco
los débiles atractivos
de muger propia. Supongo

no obstante que es infundado . .
mi recelo ; ni tampoco
si fuera cierto, aqui debo
hablar ya de ello mas. Corro
un velo sobre ese punto;
pero en olvido no pongo
el secreto que mi tio
ha descubierto. Los ojos
abro al fin: la Baronesa
no es lo que aparenta; y todo
me induce á creer que al menos
quiere engañar á mi esposo.
Conde. Ved, aqui está el Marques.

ESCENA VII.

Dichos. EL MARQUES.

Marques. (¡Ola!
¡el Conde y mi esposa solos!)
Pensé que la Baronesa
estaria con vosotros.
Conde. La Baronesa voló.
Marques. ¿Se ha marchado?
Conde. Sí.
Marques. ¿Tan pronto?
¿y sin despedirse?
Marquesa. ¿Sientes
su partida?
Marques. ¡Yo!
Marquesa. Pues pongo
en tu noticia que ya
se fue para siempre.
Marques. ¿Cómo?
Marquesa. De entrar en esplicaciones
no es esta ocasion. En otro
instante hablaremos...., basta

ahóra decir que el decoro
no permite que alternemos
con esa muger: me opongo
á que entre en casa; y te pido
quede en adelante roto
entre ella y tú todo trato.
Lo exige asi mi reposo,
mi felicidad: yo espero
que lo harás. Adios.

ESCENA VIII.

EL MARQUES. EL CONDE.

Marques. Absorto
he quedado. Dime, amigo,
¿qué es esto?
Conde. Que don Gregorio
nos ha venido á meter
en el mas estraño embrollo
que puede verse.
Marques. ¿Qué ha hecho?
Conde. Te vas á llenar de asombro.
Dice que la Baronesa.
no es tal Baronesa.
Marques. ¿Cómo?
Conde. El cómo yo no lo sé;
mas él asegura en tono
muy formal que la ha tenido
sirviendo en su casa.
Marques. ¿Es loco?
¿y lo ha dicho en su presencia?
Conde. Sí.
Marques. ¡Dios mio! ¡qué bochorno!
Conde. Ya te puedes figurar
cual se habrá puesto.
Marques. Yo corro

á desagraviarla.

Conde. Sí.
Lo que debes por de pronto
hacer es eso.

Marques. No obstante
será bueno antes de todo
decir algo á la Marquesa.

Conde. ¡Qué disparate! no, tonto.
La Baronesa es tu dama;
y la Marquesa tan solo
tu muger: con ésta tienes
cumplido de cualquier modo;
y con aquella es preciso
observar mucho decoro:
la una tiene que sufrir;
y la otra al menor asomo
de indiferencia, te deja.
En fin, luego que este embrollo
se aclare, se pasará
de la Marquesa el enojo.

Marques. Dices muy bien: voy corriendo....

Conde. Yo entretanto, siempre pronto
á servirte, voy de nuevo
á tratar de tu negocio
con mi tio.

Marques. ¿Nos veremos
aun esta noche?

Conde. Es forzoso.

Marques. ¿Dónde?

Conde. ¿Dónde?.... Es escusado
me busques en ningun otro
sitio; pues en adelante
será público y notorio
que si no estoy en tu casa
tardaré en venir muy poco.



ACTO CUARTO.

Habrá luces.

ESCENA I.

LA BARONESA. PERICO.

Baronesa. ¿Está en casa el Marques?
Per. Sí,
señora: ha poco que vino.
Bar. Decidle que quiero hablarle;
pero os encargo el sigilo,
y que nadie sepa en casa
que estoy aqui.

ESCENA II.

LA BARONESA sola.

Fue preciso
para aparentar enfado
en mi casa no admitirlo;
pero conviene ceder
un poco; y en un estilo
entre tierno y enojado
hablarle ahora. Su tio
no puede de ningun modo
dar pruebas de lo que ha dicho;
y es tan poco verosimil
su acusacion, que en mi juicio

si tengo un poco de maña;
será fácil convertirlo
todo á mi favor y hacer
se rian de él.

ESCENA III.

LA BARONESA. EL MARQUES.

Marques. Dueño mio,
¿vos aquí? ¿Cuánto anhelaba
hablaros! y ¿habeis podido
negarme?....
Baronesa. Pensado tuve
no veros mas: mi ofendido
orgullo asi lo exigia;
mas quedaba el honor mio
mal puesto; y me importa mucho
de mancha dejarle limpio.
Por eso al fin me he resuelto
á hacer este sacrificio
para que con vos mi nombre
no se quede envilecido.
Marques. ¿Vos envilecida, amada
Baronesa? yo os afirmo....
Baronesa. Ese título dejad:
nunca Baronesa he sido.
Soy tan solo.... ¿qué se yo?
lo que quiere vuestro tio:
una muger de la hez
de la plebe.... ¿no os lo ha dicho
á vos tambien?
Marques. Perdonadle.
El ignora los estilos
que la política enseña;
y porque en vos habrá visto
quizá cierta semejanza....

Baronesa. No, que él lo afirma; y su juicio,
su edad, su experiencia, todo
debe dar peso....
Marques. Os suplico
no hableis de eso mas. ¿Quién da
crédito á tales delirios?
la misma sois para mí;
y ni un instante vacilo
en el concepto que tengo
formado de vos: hechizo
semejante ¿puede acaso
en la plebe haber nacido?
no; pues no es una belleza
comun la que en vos admiro.
Ese aire noble y señor,
esos modales tan finos,
entre nobles ascendientes
pueden ser solo adquiridos.
Baronesa. Si viviera todavía
mi padre don Gumersindo,
comendador de Santiago
y vizconde de los Rios,
impune no se quedára
un ultrage tan indigno;
mas una débil muger
¿qué puede hacer?.... Bien, que he sido
necia en tomar sentimiento
por lo que el desprecio mio
merece tan solo.... El hecho
es tan natural, tan digno
de crédito.... ¡Qué aprension!
¡Ah! perdonad si me rio.
Marques. Yo me avergüenzo.
Baronesa. Decid,
decid al primer ministro

de estado que aquella á quien
dispensa tan decidido
favor, que la Baronesa
de Arica....

Marques. ¡Cómo! ¿el ministro?

Bar. Sí, señor; pues ¿qué pensais?
el ministro: es aquel mismo
que fue á casa esta mañana.

Marques. ¿A quién me habeis prometido
hablar por mí?

Baronesa. Verdad es,
lo prometí; mas retiro
mi palabra.

Marques. ¿Cómo?

Baronesa. Ya
no me es posible serviros.

Marques. ¿Por qué?

Baronesa. ¿Quién ha de hacer caso
de una muger de principios
tan bajos?

Marques. Olvidad eso.

Baron. No, buscad mas distinguidos
personages para empeño.
Vos y yo, Marques, hoy mismo
debemos romper.

Marques. ¿Por una
imprudencia de mi tio?

Baronesa. No es por eso solo, no:
tengo mayores motivos.
Abro los ojos en fin,
y conozco...

Marques. ¿Qué?

Baronesa. Yo he sido
muy débil, mucho.... ¡Ah! Marques,
por vos, por vos me he perdido.

Marques. ¿Por mí?
Baronesa. Por vos hoy asesta
la murmuracion sus tiros
contra mi honor....
Marques. ¿Qué decis?
Baronesa. Sí; y en boca de malignos
censores, mi fama.... ¡Oh Dios!
¡cuál me ultrajan los inicuos!
Pero ¿para qué culparlos?
es verdad, yo os he querido.
Incauta, yo me he dejado
arrestar al precipicio
que me ha preparado vuestra
seduccion: he preferido
un hombre de quien ya nada
debí esperar, al cariño
de otros mil que me ofrecian
bienes y mano: el camino
del deber he abandonado;
y en mi fatal descarrío,
honor, fortuna y sosiego,
todo por vos lo he perdido.
¡Infeliz de mí!
Marques. ¿Llorais?
¡Ah! mi pecho conmovido....
Baronesa. Solo me queda un remedio
duro, sí, pero preciso:
la ausencia.... Marques: adios....
adios.
Marques. ¿Os vais?
Baronesa. Me despido
de vos para siempre.
Marques. ¡Ah! no,
deteneos.... En vos miro
la víctima desgraciada
de un funesto amor: yo he sido
causa del mal, y ¿quereis

que os deje en ese conflicto?
no soy tan ingrato: bienes,
vida, todo lo dedico
en vuestro obsequio.

Baronesa. (¡Mi intento
logro!)

Marques. ¡Mi muger! ¡Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Vos aqui, señora?.... estraño,
despues de lo sucedido,
que os atrevais todavía
á poner en este sitio
los pies.

Baronesa. Y yo mucho mas
estraño tomeis conmigo
ese tono altivo. ¿Acaso
no me será permitido
deshacer una calumnia
que me ofende?

Marquesa. De mi tio
no me importan las sospechas,
y quien sois ya no examino.
De cosas que mucho mas
me interesan solo cuido.

Baronesa. ¿Qué escucho? ¿qué nueva afrenta
se hace á mi honor?

Marquesa. Si entendido
me habeis, lo que os toca hacer
no ignorais.

Baronesa. Será preciso
antes aclarar....

Marquesa. ¿Pensais
que en tan poco yo me estímo
que me humille hasta ese punto?
salid de aqui.
Marques. ¿Quién permiso
te da para?....
Marquesa. Eso es, tomad
su defensa.... Ya os lo he dicho
señora, marchaos.
Baronesa. (¡Qué rabia!
me vengaré) Me retiro;
y dad á mi discrecion
mil gracias. Aunque ofendido
me habeis, yo no imitaré
un proceder tan indigno.
Bien pudiera sin embargo....
Marquesa. ¿Qué?
Baronesa. No os altereis, reprimo
mi enojo.... solo os recuerdo
al Conde.... en fin nada digo.
Marques, adios, teneis una
fiel esposa, os felicito;
pero guardad vuestro honor:
no desprecieis el aviso.

ESCENA V.

EL MARQUES. LA MARQUESA.

Marques. Muy bien, señora, muy bien.
Cierto, os habeis conducido
con finura.
Marquesa. Como debo.
Marques. Y ¿te atreves?....
Marquesa. Te habia dicho
que no queria volviese
aquí mas.

Marques. Y ¿dónde has visto
que al querer de la muger
esté sujeto el marido?
Aqui quien manda soy yo,
yo solo; y por tus caprichos
no he de permitir se arroje
de mi casa con estilo
tan grosero á una señora
de su carácter.
Marquesa. ¡Me rio
de la señora!
Marques. Lo es,
por mas que diga mi tio.
Marquesa. Bien, que lo sea: yo tengo
ademas otros motivos.
Marques. Y ¿cuáles son?
Marquesa. ¿Por ventura
necesito yo decirlos?
pon en tu pecho la mano
y respóndete á tí mismo.
Marques. ¿Estás celosa?
Marquesa. Parece
que confiesas tu delito.
Marques. Son sospechas infundadas.
Marquesa. Pues bien, yo me tranquilizo
con que se aleje la causa.
Marques. Estás hablando lo mismo
que si no tuvieras nada
por qué callar. Si de indicios
me dejase yo llevar....
Marquesa. ¿Qué indicios?
Marques. Muchos.
Marquesa. Pues dilos.
Marques. ¡Son tantos!
Marquesa. Pues uno solo.
Marques. Es dificil elegirlo.

Marquesa. Uno solo.
Marques. Si quisiera....
Marquesa. ¿A ver?.... ¿eh?.... ¿callas?.... ¿no digo?
Asi son todos: muy prontos
para acusar: si el motivo
se les pregunta ¿responden?
no, señor, callan su pico.
Marques. Pues bien, ya que dices eso,
ya que tanto alzas el grito,
hablaré. El Conde....
Marquesa. ¿Otra vez
con el Conde? he respondido
ya acerca de él.
Marques. Me engañastes.
Marquesa. ¿No propuse despedirlo?
Marques. Por fingir.
Marquesa. ¿Por qué despues
me le tragistes?
Marques. Metido
ya en casa no era posible
remediarlo; y yo, sencillo,
pensé que en los dos podia
confiarme; mas ya has oido
á la Baronesa al tiempo
de despedirse.
Marquesa. Artificio
ha sido para vengarse.
Marques. Pues yo confirmado miro
mis recelos. La prudencia
la contuvo, que si dicho
lo hubiera todo.... mas yo
la veré.
Marquesa. De tal testigo
¿que hay que esperar sino solo
falsedades?
Marques. ¡Con qué vivo

empeño tratas de ajar
á la Baronesa! atino
la causa de ello: la temes;
mas no lograrás conmigo
desacreditarla. Sé
sus virtudes, conocido
me es su corazon sincero.
En sus palabras confio;
y si algo cuenta, no hay duda,
es la verdad.
Marquesa. Hombre inicuo,
eso es, ofende á tu esposa,
despréciala; y el ludibrio
hazla ¿de quién? de una vil
intrigante.... ¡Yo he mentido!
¡y ella es solo quien merece
tu confianza!.... no me humillo
al punto de disculparme;
mas oye: si has presumido
que he de tolerar mi afrenta,
te engañas mucho. Yo exijo
de tí no vuelvas á ver
á esa muger.
Marques. ¿Tu albedrío
es por ventura, mi regla?
yo la veré por lo mismo
que me lo prohibes.
Marquesa. Pues
yo sé el modo de impedirlo.
Marques. ¿Me amenazas? ¡Ola! ¿á ver?
Este es aquel corderito
tan humildito, tan manso,
con aquel aire sencillo
y tímido que afectaba
antes de la boda.... ¡digo,
si ha sabido en poco tiempo
cobrar alas?.... eso mismo

sucede en todo. Primero
sencillez en los vestidos,
mucha modestia en el trato,
amor, respeto al marido;
pero á vuelta de seis meses
todo al revés: genio altivo,
inconsecuente, insufrible,
furor de brillar, caprichos
de modas y diversiones,
las visitas por castigo,
yo mirado sin aprecio
hecho juguete, y.... no digo
mas. ¡Ah! ¡qué chasco he llevado!
¡Ya se vé! ¡si era preciso!
muger al cabo, es decir,
hipocresía, artificio....
Bien dicen, que al que se casa
debieran pegarle un tiro.
Marquesa. Y tú, dime: ¿por ventura
eres el propio? ¿qué se hizo
aquella ardiente pasion
que expresabas tan rendido?
no trato ya de exigirte
los halagos, los suspiros
que amoroso prodigabas;
pero ¿no has dado al olvido
la palabra de estar siempre
atento á mi dicha? El brillo
de tus bienes no resarce
la falta de tu cariño.
Me dices que ha habido cambio:
es muy cierto que le ha habido;
pero ¿ha sido por mi parte,
ó por la tuya? ¿te miro
alguna vez á mi lado?
Nunca me hablas tierno y fino.
Siempre adusto en mi presencia;

pero fuera es muy distinto.
El mal humor que otros causan
le pago yo: tu descuido
llega hasta el desprecio.... en fin,
con decir que eres marido
no hay mas que hablar. Todos obran
de esa suerte; y siempre ha sido
para ellos la libertad,
para nosotras los grillos.

Marques. Pues cierto que tú te puedes
quejar.... ¡vaya!.... si ha existido
muger libre en este mundo
eres tú.... no, yo te fio
que de hoy mas.... aqui ha de haber
una reforma: es preciso,
señora Marquesa, que
tomeis diferente estilo.
Menos salir, menos bailes:
sobre todo, ya os lo he dicho,
menos gastar.

Marquesa. ¿Quién aquí
gasta mas que tú?

Marques. Conmigo
no se entiende eso: si gasto
es porque puedo y es mio.

Marquesa. ¿Qué es lo que oygo?.... eso es echarme
en cara tus beneficios.
¡Ah! cruel: esto tan solo
le faltaba á mi martirio (1).

Marques. ¡Cómo!.... ¿qué es esto?.... ¿á qué viene
ahora llorar?.... si lo he dicho

(1) Echa á llorar.

ha sido solo por.... vamos,
sosiégate.
Marquesa. Ya está visto
cual es la felicidad
que debo esperar contigo.
Pues bien, toma allá tus bienes,
los odio, los abomino,
no los quiero mas: prefiero
la pobreza del asilo
paternal á la opulencia
mezclada de tan continuos
sinsabores. Quédate
solo y libre.
Marques. ¿Qué capricho
nuevo es este? ¿tú te quieres
separar?
Marquesa. Mañana mismo
vuelvo á casa de mis padres.
Alli al menos de los mios
no seré menospreciada.
Marques. ¿No ves que?
Marquesa. Está decidido.
Entre nosotros no puede
haber ya paz: tú tranquilo
y feliz te quedarás
no viviendo ya conmigo:
yo ¡triste! voy á llorar
lejos de tí mi martirio.

ESCENA VI.

EL MARQUES solo.

Oye muger.... no me escucha.
Tambien este genio mio
tan pronto.... tiene razon:
con ella me he conducido

muy mal.... no hay remedio, es
fuerza
enmendarme.... mi cariño
siento renovar por ella.
Felizmente ha decidido
la Baronesa marcharse....
mas si en tanto que me privo
de ella, el Conde.... yo sospecho
que á pesar de ser mi amigo
no tendrá escrúpulo.... no,
yo le conozco.... es preciso
tambien alejarle.... sí;
pero yo le necesito....
no importa, el honor lo manda.
Cuando le vea, decido
decirle.... aqui está: valor.

ESCENA VII.

EL MARQUES. EL CONDE.

Conde. Te buscaba, amigo mio,
para anunciarte que ya
tu empleo....
Marques. ¿Sabes qué digo?
que ya estoy casi dudoso
si me conviene admitirlo.
Conde. ¿Ahora me sales con eso?
pues me dejabas lucido
despues de haberme empeñado,
y cuando solo he venido
para llevarte á palacio
y presentarte á mi tio.
Marques. ¿Eh?.... ¿qué dices?
Conde. Lo que escuchas.
Debemor ir ahora mismo:
si casi te está esperando.

Marques. Pues no es nada el compromiso.
¡Un mayordomo mayor!
Conde. Grande de España, y que ha sido
ministro ya por dos veces.
Marques. ¡Cómo qué!.... ¿tambien ministro?
no hay remedio, fuerza es ir.
Conde. Vamos pronto.
Marques. Ya te sigo.

ESCENA VIII.

Dichos. PERICO.

Perico. Señor, parece que el ama
se ha puesto mala.
Marques. Perico
dame el sombrero.
Perico. Si es para
buscar al facultativo,
yo iré, señor.
Marques. No.
Perico. Le ha dado
un desmayo.
Conde. Pues, amigo,
vamos pronto á socorrerla.
Marques. No, no, que no necesito
que tú vayas.
Conde. ¿Por qué?
Perico. Dicen
que hace poco que la han visto
entrar llorando en su cuarto:
será por eso.
Marques. Maldito,
¿quieres callar? dame al punto

el sombrero.
Conde. (Me malicio
que éste ha reñido sin duda
con su muger).
Marques. (1) Me es preciso
salir: por eso no puedo....
llamad al facultativo,
que venga pronto.... cuidado
con que no la falte auxilio
ningun. Vuelvo al instante.
Conde. Dichosamente he traido
mi berlina.
Marques. Pues me alegro.
Conde. (Yo sabré por el camino
sonsacarle).... Vamos.
Marques. Vamos....
¿No seria mejor visto
socorrer á mi muger?....
no; que me espera un ministro.

---

(1) Al criado que le presenta el sombrero.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

LA MARQUESA. D. GREGORIO.

D. Greg. Sobrina, no hay que afligirse:
eso no es nada: quimeras
entre esposos, cada mes
hay un ciento: se pelean,
gritan, alborotan; mas
pasa la furia y se quedan
tan amigos.
Marquesa. ¡Ah! señor,
no es posible me resuelva
á vivir mas con un hombre
que me ofende, me desprecia;
y que....
D. Greg. Yo tampoco trato
de hacer aqui su defensa.
Antes bien, yo te prometo
calentarle las orejas
de lo lindo.... ¡bribonzuelo!
¡descastado! ¡sin vergüenza!
Mas ¿á dónde está?
Marquesa. Perico
me dijo que con gran priesa
se marcharon á palacio
él y el Conde.

D. Greg. ¡Qué troneras
uno y otro!
Marquesa. Aunque le dijo
que me hallaba algo indispuesta
no se quiso detener.
D. Greg. Pues, si está que solo
piensa en sus empleos.
Marquesa. ¡Quién sabe!
Puede que á la Baronesa
vaya á ver tambien y á darla
satisfaccion.
D. Greg. ¡Oh! pues esa
poco te dará que hacer.
He hablado esta tarde mesma
al corregidor, y creo
que tomará providencia
séria y pronta; pues me dijo
que por su casa volviera
á las diez.... Vaya, hija mia,
no te desconsueles, deja
tristezas á un lado, todo
se remediará.... desecha
la idea de separarte.
Riñas, todas las que quieras,
mas ¡separacion! ¡no es nada
la campanada que dieras!
Marquesa. ¿Pensais que mi corazon
en su interior la desea?
quizás el pesar me mate
si á verificarse llega;
mas fuerza es hacer tan duro
sacrificio.... si me cuesta
dígalo el llanto que vierto....
¡ah! señor, en vos mi entera
confianza pongo. Volvedme
á mi esposo; pero sea
sensible, fiel, cariñoso,

como en otros tiempos era;
que si he de sufrir aún
desprecios é indiferencia,
prefiero sola llorar
mi desventura y mis penas.

D. Greg. Sí, hija mia, sí, yo te....
vaya, que como si fuera
un niño, tambien.... si tengo
un corazon de manteca....
bribon de sobrino, como
en mis manos te tuviera,
juro que.... ya, ya verás.
Mas lo que ahora interesa
primero que todo, es ver
qué hacen con la Baronesa.
Voyme, que ya es tiempo, á casa
del corregidor. Tú, prenda,
no te desconsueles mas.

Marquesa. Id con Dios.

D. Greg. Hasta la vuelta.

ESCENA II.

LA MARQUESA sola.

¡Ah! mi pecho vacilante
ya no sabe á lo que deba
decidirse.... amo á mi esposo;
mas él, ingrato.... Te quejas,
Marquesa; y ¡qué! ¿por ventura
es suya la culpa entera?
¿no tienes de que acusarte
por tu conducta indiscreta?
mi alma está pura, sí; mas
no basta evitar la ofensa
si nuestras acciones abren
á los recelos la puerta.

Pero el Conde.... si evitar
pudiese....

ESCENA III.

LA MARQUESA. EL CONDE.

Conde. (Ocasion es esta
favorable, y es preciso
aprovecharla). ¿Marquesa? (1)
Marquesa. ¡Señor Conde!
Conde. ¿Qué teneis?
estais parece indispuesta.
Marquesa. ¿Yo?.... no señor.... es decir
me siento.... asi.... con jaqueca.
Conde. ¿No os dió hace poco un desmayo?
Marquesa. Vapores.... cosa ligera.
¿Dónde dejais á mi esposo?
Conde. En palacio: para prueba
de aprecio quiso mi tio
detenerle. Mi impaciencia
por saber de vos ha hecho
que de ellos me despidiera
con pretexto de un negocio
urgente.
Marquesa. ¡Tanta molestia!....
aquello no ha sido nada,
nada, ya me siento buena.
Conde. No obstante: esa palidez:
esos ojos que demuestran
haber llorado.... sin duda
os aflige alguna pena.
Marquesa. ¡Qué disparate!.... ninguna.

---

(1) Saluda á la Marquesa, y ésta le vuelve el saludo.

Conde. Depositad con franqueza
en el seno de un amigo
el pesar que os atormenta.
Marquesa. ¿No os he dicho que no tengo?....
Conde. ¿A qué viene esa reserva?
lo sé todo, y el Marques....
Marquesa. ¿Ha tenido la imprudencia
de decir?....
Conde. Él lo callaba;
mas teniendo yo sospechas,
pude conseguir con maña
que por fin me lo dijera.
¡Ah! Marquesa, os compadezco.
Marquesa. Bien lo podeis.
Conde. ¿Quién creyera
que dos almas que el amor
unió, de esta suerte hubieran
de separarse?.... mas qué,
¿no habrá modo de que vuelvan
á reunirse?
Marquesa. He sufrido
muchos agravios.
Conde. ¿No queda
ya esperanza?
Marquesa. ¡Ah!
Conde. ¡Pobre amigo!
en su situacion no hubiera
para mi consuelo.
Marquesa. Él es
un ingrato.
Conde. Sí, Marquesa:
lo es, pues que desconoce
el precio de tal belleza
unida á tanta virtud.
Soy su amigo y me interesa:
quiero disculparle; mas

no halla espresiones mi lengua.
¡Ah! ¡cuán cierto es que la dicha
sigue al que menos la aprecia!
si los cielos tal tesoro
puesto en mis manos hubieran,
ciego de amor, no anhelára
mas fortuna, mas riqueza:
mi empleo fuera serviros,
agradar mi recompensa,
y en vuestra felicidad
la mia solo tuviera.

Marquesa. Todos dicen eso mismo;
mas cuando á ser dueños llegan,
lo que antes tanto anhelaban
aborrecen y desprecian.
Prometen felicidades,
y mil disgustos reservan.
¡Ojála no viese de ello
en mí la triste esperiencia!
de las dichas con que un tiempo
me halagaron ¿qué me queda?
Todas huyeron, y ya
solo pesares me restan.

Conde. ¿Solo pesares?.... Pues qué,
¿no hay ya placeres que puedan
seros gratos? ¿por ventura
la dicha solo se encierra
en un esposo? ¿quereis
que orgulloso se envanezca
con vuestros padecimientos,
sirviendo quizás de prueba
para que otra?.... no, debeis
manifestar fortaleza;
pues solo sentirá haberos
perdido luego que os vea
ser feliz sin él.... sois jóven
y dotada con mil prendas.

seductoras: ahora estais
en la edad de brillar: nuestras
sociedades mil placeres,
mil consuelos os presentan.
Sois su principal adorno,
y eclipsando cuantas bellas
celebra Madrid, alli
nuevos triunfos os esperan.
Marquesa. Ya tales satisfacciones
nada tienen que me sea
grato: conozco aunque tarde
que la virtud las reprueba.
No las quiero mas: en este
triste estado solo anhela
mi corazon el retiro
y la soledad.
Conde. ¡Qué idea!
¡privarnos de vos!
Marquesa. Si acaso
á verificarse llega
mi separacion, intento
huir de la corte; y de ella
lejos, pretendo buscar
la obscuridad de una aldea.
Conde. (Reflexionando mejor....)
Sí.... puede ser que os convenga.
Para las almas sensibles
suele el campo ofrecer ciertas
distracciones.... ¿teneis ya
elegida residencia?
Marquesa. No.
Conde. Pues yo puedo serviros.
Tengo en una de mis tierras
una hermosa quinta: está
en lo mejor de Valencia.
La naturaleza alli
todas sus galas ostenta:

bellos y floridos prados,
agradables alamedas,
perspectivas deliciosas,
la orilla del mar muy cerca.
Si gustais, alli podreis
pasar esta primavera.

Marquesa. Os doy muchas gracias; pero....

Conde. No haya escusas: con franqueza.

Marquesa. Es que yo....

Conde. ¡Qué descansada
vida llevareis! mi idea
acá se forma mil planes
que halagüeños la recrean.
Os miro en trage modesto
recorrer aquellas vegas
ya pensativa, ya alegre.
Tomando parte en las fiestas
de los sencillos pastores,
ó aliviando sus miserias.
¡Ah! me tendré por dichoso
si consigo á vuestras penas
dar este ligero alivio;
y si alguna recompensa
me fuese dado esperar
por ello, solo pidiera
alguna vez visitaros.
No sería mi presencia
inútil, no: yo podria
con la suave elocuencia
de la amistad ofreceros
consuelos; y con la vuestra
¿quién sabe? quizás tambien
se ahuyentáran mis tristezas.

Marquesa. ¡Vos tristezas!

Conde. ¿Qué os admira?

toda alma sensible y tierna
las conoce.... ¡si esplicarlas
en este instante pudiera!....
mas ¡ay! para eso es preciso
que vuestra alma se halle abierta
á la piedad.... y ¿lo puedo
esperar aqui? no: fuerza
es callar aunque me cueste.
¡Ah! tal vez un tiempo venga
en que podré.... sí, mi pecho
abriga tan grata idea,
tan dulce esperanza.... en medio
de las sombrías florestas,
á orilla de algun arroyo,
y sobre la verde yerba
recostado, quizás logre
mayor ventura que en esta
triste habitacion: entonces
postrado á las plantas vuestras,
quizás escucheis piadosa
lo que calla ahora mi lengua;
y la vuestra me responda
lo que el alma ansiosa anhela.

Marquesa. ¡Cielos!... ¡qué escucho!...
¡ah! no debo....
Conde, con vuestra licencia.... (1)

Conde. ¿Os vais?.... ¿hay en mis palabras
algo que ofenderos pueda?

Marquesa. No digo que.... equivocada
yo tal vez.... ¡oh que vergüenza!

Conde. ¡Ah! ya me habeis entendido;
pues bien, divina Marquesa,
no es tiempo ya de ocultar
sentimientos que no acierta

---

(1) Hace ademan de marcharse.

mi pecho á contener.... sí,
sabedlo: vuestra belleza,
vuestras gracias han prendado
mi corazon: la funesta
llama de amor arde en él,
y solo por vos alienta.

Marquesa. ¿Y os atreveis, señor Conde?
¡Dios mio! ¡que tal ofensa
he de sufrir!

Conde. Perdonad:
conozco que no debiera....
mas ¿hay quien os pueda ver
sin amaros? ya las señas
de mi ardor bien se mostraban
en mi conducta: entenderlas
debísteis; y cuando os ví
conmigo tan placentera,
escusad mi error, pensé
que indiferente no os fuera.

Marquesa. ¿Y yo pude dar lugar?....
¡ah! digno de mi imprudencia
es este castigo. Amado
esposo, ya las ofensas
que hechas te tengo conozco;
perdona.

Conde. Esa resistencia
enciende mas mi pasion.
No es posible que ya ceda;
y á vuestras plantas.... (1)

Marquesa. ¿Qué haceis?
Levantaos.... idos fuera
de aqui, que no puedo mas
escucharos.

Conde. ¿No me queda

(1) Se arrodilla.

esperanza alguna?

Marquesa. ¿Vos?
¿que causais todas mis penas
y deshonra?.... mi odio eterno,
eso tendreis.

Conde. ¡Ah! ¡Marquesa!

ESCENA IV.

Dichos. EL MARQUES.

Marquesa. ¡Cielos! ¡mi esposo!

Marques. ¿Qué veo?
infames, ya mis sospechas
se aclararon: ciertas miro
vuestra perfidia y mi afrenta.
(1) ¿Son estos, dí, los negocios
que con tan precisa urgencia
te llamaban? falso amigo,
traidor, que con la apariencia
de amistad y proteccion
labrar mi deshonra intentas,
ya te conozco.... (2) y tú, infiel,
niega, si te atreves, niega
lo que con mis propios ojos
acabo de ver.

Marquesa. ¡Qué! ¿piensas
que yo?....

Marques. Sí, pienso....

Conde. Marques,
tú te alucinas: desecha
un recelo que....

Marques. ¿Imaginas
que aun he de creer tus necias
escusas?

Conde. Yo de escusarme

---

(1) Al Conde.
(2) A la Marquesa.

no trato; ni á tal bajeza
me humillaria despues
de lo que has visto. Mi lengua
te confiesa francamente
que te agravio, mas en esta
circunstancia el delincuente
soy yo solo: la Marquesa
no tiene culpa: yo debo
justificar su inocencia.

Marques. Ambos acordes estais
para engañarme. Tú intentas,
ya que descubro tu infamia,
salvarla al menos á ella.
Es en vano: desde hoy rompo
los lazos que nos estrechan.
Ya no es nada para mí.

Marquesa. ¡Esposo!

Marques. Muger perversa,
¿no querias separarte
de mí? pues bien, si lo anhelas
cumplido está. Vete al punto,
vete con tus padres: lleva
en medio de tu familia
el deshonor y la afrenta
que me reservabas.

Marquesa. ¡Cielos!
¿qué mas desdichas me esperan?

Conde. Yo no debo consentir,
Marques, que así en mi presencia
ultrages....

Marques. Ni yo tampoco
debo tolerar la ofensa
que me has hecho, sin vengarme.
Prepárate á darme de ella
satisfaccion.

Marquesa. ¡Ah! ¿qué dices?

Conde. Considero que te ciega

el furor: eres mi amigo....

Marques. ¿No te acordabas que lo era cuando me hiciste la injuria?

Conde. Es que ahora....

Marques. Ahora alega tu cobardía esa escusa.

Conde. ¡Mi cobardía!.... Basta esa duda para decidirme.
Estoy pronto, y cuando quieras....

Marquesa. ¡Ah! bárbaros, ¿qué intentais?
No permitiré yo mientras respire....

Marques. Aparta: yo quiero beber su sangre, ó que veas tu esposo muerto á sus manos, y que tú la causa seas.

Marquesa. ¡Oh Dios mio! ¡yo fallezco! (1)

Conde. ¿Qué es esto?

Marques. ¡Cielos!

Conde. Sostenla.
Ponla en esta silla. (2)

Marques. Toca la campanilla, que vengan....
¡Ah! maldigo mi furor. (3)

Conde. ¿Y bien?.... apenas alienta.

ESCENA V.

Dichos. D. GREGORIO. PERICO. CRIADOS.

Perico. Señor ¿qué mandais?

---

(1) Se desmaya y cae en los brazos del Marques.
(2) Arrima una silla.
(3) Mientras el Marques sienta en la silla á su esposa, el Conde toca fuertemente á la campanilla, y acuden varios criados.

D. Greg. Sobrino,
¿qué es lo que hay? ¿qué bulla es ésta?
mas ¿qué miro?
Conde. D. Gregorio
y vosotros socorredla.
D. Greg. Pobrecita, ¡cómo está!....
Cosas tuyas serán éstas,
sobrino ó demonio. Apuesto
que la has maltratado. Venga
pronto agua fresca. (1) Hacedla aire.
Apartad. (2)
Marques. (3) Sobre la mesa
del despacho hay un pomito
de espíritu: ves....
D. Greg. Espera:
no es necesario. Ya vuelve
en sí.... ¡Sobrina!
Conde. ¡Marquesa!
Marquesa. ¡Ah!
D. Greg. Toma, bebe. (4)
Marquesa. ¿Sois vos,
tio?.... Por Dios, con presteza
id.
D. Greg, ¿Adónde?
Marquesa. Detenedlos:
que se matan.
D. Greg. ¡Santa Tecla!
¡quienes?
Marquesa. Mi esposo y el Conde.
D. Greg. Si están aqui.
Marques. Sí, no temas,

(1) Sale un criado, y vuelve á corto rato con un vaso de agua.
(2) Se quita el sombrero y con el ala la hace aire.
(3) A Perico.
(4) La presenta el vaso de agua.

que ya no intento....
Conde. Os prometo
que por mí....
D. Greg. ¿Qué cosa es esa?
¿ha habido algun desafio?
Marquesa. Es verdad.
D. Greg. ¡Cómo! ¿y aquella
tan grande amistad?
Marques. Hay casos
en que el honor se interesa
y es necesario....
D. Greg. Ya entiendo.
En fin, sucedió lo que era
de esperar. Mira, sobrino,
los protectores que te echas.
Marques. Tio....
D. Greg. Este es uno. Pues
en cuanto á la Baronesa,
cuando la quieras buscar
ves por ella á la galera.
Marques. ¿Cómo?
D. Greg. Allí la han recogido,
que bastante anduvo suelta.
Marques. Mas ¿por qué?
D. Greg. ¿Por qué ha de ser?
por sus escelentes prendas.
Marques. Una señora....
D. Greg. ¿Señora?
como Inés tu cocinera.
Marques. Pues qué ¿con efecto es
cierto?....
D. Greg. ¿Soy acaso algun babieca?
¿miento yo? casi dos años
me ha servido allá en mi tierra.
Me robó ciertas alhajas,
desapareció con ellas;
y desde entonces ha estado

corriendo de ceca en meca
engañando á todo el mundo;
y segun ella confiesa
un mayorazgo muy tonto
la llevó á Francia.... Es traviesa,
y ha tomado con el roce
del mundo ciertas maneras
que engañan. La autoridad,
sin embargo, de quien era
tenia largas noticias;
y cuando llevé mi queja,
hallé que el corregidor
trataba ya de prenderla.

Conde. Con efecto, yo en París
la he conocido. En aquella
época no se fingia
todavía Baronesa;
y aunque ignoraba su origen,
siempre por una embustera
y enredadora la tuve.
Marques, ya es tiempo que vuelvas
en tu acuerdo. Has sido hasta ahora
engañado: con vergüenza
digo que he contribuido
á que lo fueses. Quisiera
resarcirte los disgustos
que te he causado. Ya llevas
tus pretensiones en buen
estado, y haré que obtengas
en breve....

Marques. No, ya renuncio
á tan altivas ideas.
Despues de lo que ha pasado,
para mi honor siempre fuera
una mancha el recibir
nada de tí.

D. Greg. Ni debieras

nunca haber pedido nada.
A tí lo que te interesa
es que de una vez se acaben
todas las desavenencias
con tu muger; y que vivas
en paz y gracia con ella.
Conde. Marques, de nuevo te digo
que debes de su inocencia
estar seguro, y que...
Marques. Sí:
conozco que mis sospechas
son injustas, tanto mas
cuanto que yo.... me avergüenza
mi proceder: no es posible
me perdone tanta ofensa.
D. Greg. Toma ¿no ha de perdonarlas?
Si aqui bien se considera
uno y otro teneis culpa.
Tú porque con tus grandezas,
tu manía de brillar
y de emplearte, la dejas
en abandono y la miras
como cosa extraña; y ella
porque con sus distracciones
de modas, bailes y fiestas,
agradar á los demas
antes que á su esposo intenta.
Con que así lo que es preciso
es poner ambos la enmienda,
vivir cual buenos casados,
y dejarse de tonteras.
¿Verdad, sobrina?.... ¿qué tal?
¿te alivias?
Marquesa. Sí: ya estoy buena.
D. Greg. Pues para sanar del todo
ven acá.... y tú, tronera, (1)

(1) Al Marques.

acércate.... (1) Ea, abrazaos.

Marquesa. ¡Esposo!

Marques. ¡Adorada prenda!
¿me perdonas?

Marquesa. Ya de nada
me acuerdo.

Marques. No mas grandezas.
Por tí renuncio á la Corte.

Marquesa. No mas bailes. Ya me
apestan
las modas. He de vender
mis brillantes y mis perlas.

Marques. Yo mi landó, mis caballos,
y hasta el tiro de colleras.

D. Greg. No, que ese puede servirme
para volver á la tierra.

Marques. ¡Ah! sí; y para que tengais
la satisfaccion completa,
quiero que mi esposa y yo
os acompañemos.

D. Greg. Deja
que te abrace: ahora sí
que eres mi sobrino. Llenas
con eso mi corazon
de alegría.... Así pudieras
renunciar el marquesado
y quedar Chinchilla á secas.

---

(1) Hace que se abracen.

COMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO DE 8.º

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
Avaro (el).
Bella labradora.
Califa de Bagdad (ópera).
Cecilia y Dorsan.
Chismoso (el).
Clementeina y Desormes.
Conde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada,
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Blanca y Montcasin (id).
Bosque peligroso.
Bruto ó Roma libre (tragedia.)
Cabeza de bronce.
Cadma y Signoris.
Calavera (el).
Caliche.
Camila (tragedia)
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (el) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Conjuracion de Venecia.
Contrato anulado.
Coquetismo y presuncion.
Costumbre de antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Deber y la naturaleza.
D. Dieguito.
D. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña Maria Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Edipo (tragedia).
Eduardo y Federica.
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Guzman (tragedia).
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita,
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (id).
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (id).
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia).
Raquel (id).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la).
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo do Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.